

Efraín Rodríguez Santana

Mi último viaje en Lada

(Trilogía de Quinta Avenida I)



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: René Francisco Rodríguez
Planeta donde no he vivido, 2022
(Acrílico sobre lienzo, 248 x 277 cm)

© Efraín Rodríguez Santana, 2025

Primera edición: © Espuela de Plata, 2021
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798288505010

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Para Ana Tomé, siempre

CORRÍAN DE 60 y 5ta. avenida hasta Kasalta, hacían varias paradas para conversar. Bocanera se detenía a mitad de camino, se llevaba las manos a la cintura o los dedos a la frente para secarse el sudor. Su short elástico y su camiseta ceñida al cuerpo no muy dotado movían a risa.

—Prefiero conversar al aire libre, lejos de las paredes, dijo Bocanera. Algún día, si te portas bien, te explico por qué.

—No quiero saber mucho más, precisó Rod, tengo la sensación de que si sé más de ti puedo estar en peligro.

—Soy una persona inofensiva, en nada podría perjudicarte.

—De pronto llegas, te pones a conversar sin parar, no estoy acostumbrado a estas invasiones, argumentó Rod.

—Es cierto, perdona si soy invasivo. Lo único que quiero decirte es que nunca voy a agradecerte

lo suficiente el trato que me diste cuando más lo necesitaba.

—No recuerdo haber hecho nada excepcional. Ha pasado tanto tiempo. Intenté mejorar tu situación. Trasmití una versión más justa de los acontecimientos. El mayor Otero hasta me felicitó.

—Nadie me trató como tú, fueron días terribles, te portaste como lo que eres, un tipo generoso.

—Para serte franco, aquel escándalo me sobrepasaba, no lo entendía bien, tenía más miedo que claridad.

—Más a tu favor, no me decapitaste, me escuchaste, escribiste un informe favorable.

—Pensé que te ibas a pudrir en la cárcel. Después ya no supe más de ti.

—Sucedió algo inesperado, comentó Bocanera, el jefe de guardia abrió la celda, eran las cinco de la madrugada, ordenó que me bañara y me vistiera. Uno de los carceleros me proporcionó útiles de baño y ropa de civil. El teniente esperó a que me aseara, me vestí, la ropa encajó bastante bien. Me condujeron a la oficina del fiscal. Aguardaban por mí dos hombres. Insistieron en que no debía considerarme recluso. Pensé que iba a morir, sería mi último viaje en Lada. Pasé justamente por 5ta. avenida. Recorrimos el Malecón, atravesamos el túnel de La Habana, rumbo a las playas del este. Me llevaron hasta una casa de dos pisos en Boca Ciega. Fue

una imagen demasiado fuerte: el amanecer, el sonido de las olas, la arena fina de la playa. Entramos a la casa, anunciaron que estaríamos algunas horas allí. Me ofrecieron un desayuno a la carta.

”Durante el desayuno me atreví a preguntarles qué hacía allí. Me explicaron que era una parada en el camino, para recuperar fuerzas. Quise saber adónde me llevaban. Si quieres puedes darte un chapuzón, sugirieron, en el cuarto encontrarás lo necesario. Sumergirme en el agua, dar algunas brazadas, flotar, observar el cielo limpio a esa hora de la mañana, fueron sensaciones inefables. Terminé en una granja de pollos. Cacareé durante todo un año.

Rod y Bocanera se sentaron en uno de los bancos del parque más frondoso de la famosa avenida, amparados por jagüeyes.

—Después del chapuzón de Boca Ciega, abor- damos nuevamente el Lada. Me explicaron cuál sería mi vida a partir de ese instante. Se trataba de permanecer una temporada en una granja avícola, trabajando en el cuidado de aves, su alimentación, la correspondiente recolección de huevos.

”Tomamos Vía Blanca, pasamos Santa Cruz del Norte y la Playa de Jibacoa. Subiendo la cuesta de esa parte del recorrido, a la izquierda, hay unas edificaciones techadas, con tractores y arados. Unos metros más adelante, a la derecha, se abre un camino de tierra que conduce a la granja, mi nuevo

hogar. Quise saber qué tiempo estaría allí, me respondieron que un año o menos.

”Pregunté por los tuneros. En sus casas, dijeron. ¿Entonces, no hubo juicio?, me atreví a decir. No, no habrá juicio para nadie, concluyeron.

Rod recordó el episodio clave: Diecisiete reclutas tuneros templándose cada noche, bajo la dirección más que experta de Bocanera, en una escuela militar. Por orden del Mayor Otero lo tuvo que visitar, lo interrogó, aunque desde una posición más conciliadora. En el fondo, no entendía por qué aquel muchacho estaba preso. Hablaron largamente, lo escuchó, decidió suavizar las preguntas y las respuestas. Fue elogiado por los oficiales del caso, aquella entrevista era un aporte fundamental a la parte acusatoria. Bocanera por fin se declaraba responsable absoluto de todo lo que había pasado.

—Fue un escándalo total, afirmó Rod. Tú estás vivo de milagro.

—Ocurrió algo inesperado, dijo Bocanera. Contrainteligencia militar descubrió que era hijo biológico de un hombre muy poderoso del gobierno. Ya te iré contando. Ese padre que no conocía para nada me salvó la vida.

—Tres naves de mampostería de más de cincuenta metros, pintadas de blanco, unos ventanales de

un extremo a otro cubiertos por lonas verdes. Y allá dentro una peste imborrable a mierda de gallina. Desde entonces mi olfato me castiga. Tengo pesadillas con ese olor, la flema repugnante de esos vientres insaciables, ese picoteo histérico, ese tragar incesante, esos cuerpos gomosos, a toda hora devorando pienso, cagando, poniendo huevos. Llegué a ser experto en aves, me eligieron destacado de mi brigada en muchas ocasiones, aunque en honor a la verdad mis compañeros no solamente me votaban por mi labor avícola.

Bocanera preguntó si le apetecía que contara el lado erótico del gallinero. Rod dijo que no.

—Mi trabajo consistía en limpiar las largas jaulas de los cientos de gallinas que allí se apiñaban. Primero sacaba los soportes metálicos llenos de porquería, pasaba detergente y agua a presión, terminaba desprendiendo con espátula los restos más secos. Continuaba con el cepillado de las jaulas. Ese mismo procedimiento lo aplicaba a los comederos y bebederos. Un tercer paso era la alimentación, subían de tono los chillidos de aquellos bichos malolientes. Se les daba de comer pienso, a veces, pasta de soya.

”Lo siguiente era limpiar el piso de cemento de toda la nave, con escobillones, frotábamos primero, luego esparcíamos abundante agua y secábamos. Hacia el mediodía terminaba esta parte del

trabajo. Paralelamente otra brigada recolectaba los huevos y los clasificaba por tamaño y color. Éramos seis trabajadores. Pronto descubrí a Amir, que sabía latín.

”Por las tardes participaba en un curso de aves para principiantes, impartido por el jefe veterinario de la granja.

”Me ubicaron en un cuartico de mampostería con baño. Tenía cierta privacidad. Resolví una mejor iluminación, un mejor colchón, una pequeña estantería que pude adornar con libros que traje de casa. Debía mostrarle al jefe veterinario cada título, lo acompañaba de una breve explicación. Mucha literatura, nada de política. Conseguí una mesita que instalé como escritorio y una máquina de escribir que me proporcionaron mis oficiales visitantes.

”Fui advertido que bajo ningún concepto debía explicar por qué estaba allí. Ni procedencia, ni familia, ni tuneros. Entonces organicé un largo cuento donde lo contaba todo sin mencionar nada.

HACIA LAS DOS de la madrugada sale al portal, el piso cubierto por una resbaladiza capa de salitre. En la mano derecha una frazada mugrienta con que secar el escalón donde se sentará frente al Malecón habanero. En la mano izquierda un vaso de ron para acompañar algo que contempla con extrema curiosidad. ¿Qué es lo que contempla Cisneros? La avenida está desolada, los faroles públicos apagados, la casona de la esquina de K en total penumbra, los muchos que allí viven, callados, por fin silenciados sus equipos de música, sus perros de pelea.

Cisneros parece el único ser vivo de la cuadra, él, y los guardias de dentro y fuera de una dependencia de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos, en la esquina de J.

Se sienta, short raído, sandalias gastadas, sin camisa. El vaso sube del piso a su boca.

Un tipo joven cruza la avenida, pregunta la hora. Cisneros no sabe qué decir, aventura una

probable, el tipo joven da las gracias y se dirige hacia la calle K, pero vuelve sobre sus pasos. ¿Dónde está la funeraria de Calzada?, pregunta. Cisneros se relame, carraspea, a cuadra y media, le indica, tomando a la derecha y subiendo por K. El tipo joven comenta que la madrugada es mala hora para morir. Cisneros recuerda poemas enteros sobre la noche y la muerte.

Un conocido que le dio un infarto fulminante, dice el tipo joven, yo paro más allá, en Prado, un sótano para palestinos, no tan agradable como esta casa. Cisneros lo invita a tomar un trago, el tipo joven acepta.

Las luces del estudio están encendidas, son suficientes para alumbrar el pasillo, la saleta de la derecha, el salón de la izquierda. Cisneros indica a su invitado que siga hasta el lugar más iluminado, se sientan, llenan los vasos, brindan por lo que no se expresa. Cisneros trata de explicar la presencia de una gran torta de cal y cemento que ha caído en el pasillo: una decantación del hogar de sus sueños, afirma. El tipo joven achaca el accidente al salitre. Pregunta al anfitrión si es pintor, este niega con la cabeza; nada de eso, dice, sólo llego a escritor. A su alrededor miles de libros a punto de caer de aquellas estanterías vencidas por el tiempo.

Una casa atiborrada de cuadros y libros, inmensa para una sola persona, aireada por el viento marino. En la saleta de la derecha los muebles de principios del XX, maltratados, rodeando una mesa central de caoba y mármol rosado. En un costado, pegado a la ventana, otro librero circular con la poesía cubana. Sobre la mesa el cenicero firmado por Amelia Peláez.

El salón de la izquierda es más amplio, con sus ventanales cerrados desde hace años, vidrios mugrientos por la sal. Sobresale el aparador clásico de madera preciosa, con una base de mármol negro y espejo que ha perdido el azogue en algunas partes, además de un bargueño recientemente reparado.

Dos puertas correderas cierran totalmente este espacio. Dentro se ubican dos sofás y tres sillas tapizadas con una tela gruesa de un verde opaco con floripondios dorados.

El tipo joven habla del cementerio marino de los cubanos. A Cisneros se le ilumina el rostro, eso siempre ocurre cuando la euforia del alcohol comienza a subir. Le gustaría dar su opinión, pero prefiere callar, no sabe con quién está tratando.

—Por esta parte no se tiran, dice Cisneros, señalando el trozo de Malecón frente a su casa.

—Me he pasado estas últimas tres semanas pensando si me tiro o no, comenta el tipo joven. No es difícil, llegas a 70, 34, 16, La Puntilla, siempre hay un espacio para ti, te invitan a remar.

—Viajar con desconocidos es más complicado, apunta Cisneros.

—Tienes razón, dice el tipo joven, lo sé por el Brujo, vivió con nosotros en el hueco de Prado.

—Hay muchas anécdotas, asegura Cisneros.

—El Brujo preparó la balsa con unos amigos, como todo está autorizado, no embarajas, la gente te ayuda, te conviertes en un héroe casero.

—Ridículo y morboso, afirma Cisneros.

—Quizás, sonrío el tipo más joven.

—Trágico y morboso, insiste Cisneros.

—Prepararon todo en un tallerito de mecánica de autos de Buena Vista. Salieron a las once de la mañana hacia la costa, recorrieron las calles, a su paso fueron vitoreados por la multitud.

—Ilusión y alucinación en el gran caldero.

—Resulta que cuando llegaron a la costa de 70 se apendejaron, nadie quiso echar al agua aquel artefacto de bidones y llantas infladas. Un trabajo de ingeniería digno de un museo.

—Un día se abrirá ese museo.

—No sé para qué. O sí sé, si fuera yo exhibiría los artefactos flotantes y luego los quemaría, un crematorio marino.

—El mar no se quema.

—Sobre todo los que se ahogan o se los tragan los tiburones.

—Lo dicho, el cementerio marino.

—El Brujo estuvo en ese cementerio.

—¿Cómo?

—Finalmente tiraron el artefacto al mar, se balanceó con armonía, buena sincronía entre bidones y llantas, pero no se montaron. ¡Aquello había costado un dineral! El Brujo trató de embullarlos, pero el pánico estaba declarado. De pronto salía otro artefacto, invitaron al Brujo a que se incorporara, así lo hizo.

—Su oportunidad.

—Se pusieron a remar fuerte, llevaban lo necesario para orientarse, comer y beber. Como en la milla treinta y seis la balsa comenzó a hacer agua. Se levantó un blancón fuerte que dijo: “Señores, llevamos mucho peso”, eran como ocho, se dirigió al Brujo: “Socio, tienes que tirarte, esto no aguanta más”. El Brujo trató de convencerlos, pero el blancón con la ayuda de los otros lo lanzó al mar.

Cisneros se refirió al tipo joven como alguien que sabía contar.

—Cuenta el Brujo que se vio de pronto en medio del mar, todavía era de día, se dijo: “voy a morir”, pero decidió nadar hacia la supuesta orilla, no porque pensara salvarse, todo lo contrario,

esperaba que se lo comieran los tiburones. Cuando cayó la noche se aterró, lloró sin parar. Fue la noche más larga de su vida. A veces flotaba para recuperar fuerzas, no sintió hambre ni sed.

Cisneros fue al baño, prendió un tabaco. De vuelta trajo una cántara con hielo.

—Nadaba y flotaba, pero al amanecer descubrió algunas luces, pensó por primera vez que tenía posibilidades. Vio algo que parecía una tabla, fue a aguantarse de ella, pero era un niño muerto envuelto en una bolsa de plástico atado a la madera, un recién nacido.

—¡Qué horror!

—Por poco se ahoga de la impresión, se agarró a la tabla, el niño muerto se hundió. Se topó con otra balsa y preguntó a cuánto estaba de la orilla, le respondieron que a unas diez millas, lo invitaron a subir, dijo que no iba con ellos a ningún lugar.

—Nunca segundas partes fueron buenas.

—Finalmente salió por Alamar. Se desplomó en los arrecifes, lo auxiliaron, lo llevaron al hospital, estuvo ingresado varios días.

ÍNDICE

1 / 9
2 / 15
3 / 21
4 / 26
5 / 34
6 / 41
7 / 49
8 / 55
9 / 60
10 / 68
11 / 74
12 / 80
13 / 89
14 / 95
15 / 101
16 / 111
17 / 118
18 / 127
19 / 136
20 / 143

21 / 150
22 / 154
23 / 161
24 / 168
25 / 172
26 / 178
27 / 187
28 / 194
29 / 205
30 / 212
31 / 219
32 / 224
33 / 228
34 / 233
35 / 240
36 / 246
37 / 252
38 / 261
39 / 268
40 / 275
41 / 281
42 / 285
43 / 289
44 / 297
45 / 305
46 / 314
47 / 321
48 / 326

49 / 333

50 / 338

51 / 345

52 / 350

53 / 358

54 / 364

55 / 371

56 / 380